



DE ACTUALIDAD

# "Puede el baile continuar"

Hay al final del capítulo IX del tercer Evangelio—el según Lucas—un pasaje de eterna actualidad, como todo lo evangélico, de gran aplicación hoy aquí. Es aquel el que al encontrarse el Cristo con un hombre a quien le dijo: "Sígueme", éste le replicó: "Déjame primero que vaya y entierro a mi padre". "Y Jesús le dijo: Deja a los muertos que entierren a sus muertos y tú ve y anuncia el reino de Dios" (versillo 60). Pensémoslo.

Al recordar aquí lo del muerto a quien se entierra, no está tanto presente a nuestra memoria, lectores, don Eduardo Dato, cuanto el partido conservador histórico que él últimamente acaudilló y más que acaudilló representó y encarnó. Ese partido que nació, en rigor, del fatídico pacto del Pardo, al que dió carácter y tono Cánovas del Castillo, que representaba la pavorosa tradición política de la época de la Regencia—la del desastre—cuyo agorero conjuro pesa todavía sobre España. Dos hombres que podían haberlo transformado, don Francisco Silvela y don Antonio Maura, llegaron a su jefatura, mas a ambos los rechazó, como a elementos extraños e inadmisibles—y lo eran—, ese partido de la tradición de la Regencia. Ni uno ni otro, aunque por diferentes motivos, encajaban en él. Y menos aun el señor Maura, que ni por temperamento ni por doctrina es lo que aquí se llama un conservador. Conservador de cosas muertas, o sea enterrador, tradicionalista de una tradición estadiza y pétreas.

Por no ser conservador de los de la Regencia—del desastre—fué suplantado el señor Maura por el señor Dato en la jefatura de un partido dermatoesquelético, cuyos moldes aquél quiso romper. Fué suplantado en esa jefatura por no avenirse a sustituir el patriotismo por la lealtad al régimen. Y el partido sepulcral halló el jefe que lo hiciese durar aún, ya que no vivir.

La muerte alevosa del señor Dato no es en este caso más que un sím-

bolo. El que se muere es el partido que entre sus manos—de hierro con guantes de seda, según se dice—agonizaba. Y los políticos llamados conservadores, los de la eterna interinidad, no anuncian el reino de Dios porque tienen que dedicarse a enterrar su muerto y a hacerle funerales. Aunque alguien podría decirnos que tampoco hay aquí hoy ningún Cristo de la política nacional, ningún redentor, que les diga: "¡Seguidme!"

No le hay, en efecto. Y acaso lo que haya es no un redentor que nos pida que dejándonos de enterrar muertos, o de galvanizarlos, le sigamos a un nuevo reino, a un reino de justicia, de libertad y de civilidad, sino un anti-redentor—un anti-Cristo, si queréis—que ante la última muerte repita aquella otra frase, y no evangélica, de: "¡Puede el baile continuar!" ¡Puede el baile continuar!

Esta terrible frase anti-evangélica, demoniaca, de "Puede el baile continuar", nos suena junto a aquella otra de: "Deja a los muertos que entierren a sus muertos". El Demonio también dice a los muertos que sigan enterrando a sus muertos, pero es porque así continúan bailando. No les llama a anunciar reino alguno nuevo, sino a continuar el baile

¡Terrible danza! Una danza macabra, es decir, de esqueletos, de muertos que bailan. Y esa danza, ese baile que continúa es a la vez un entierro, es un enterramiento de los muertos por sus muertos. Tal la solución de la última crisis, solución de entierro y de baile, de baile de entierro, de danza macabra política. Continúa el baile de enterrar muertos. Como en otro respecto continuará el juego de levantarlos.

La muerte de don Eduardo Dato, trágico incidente de una lucha feroz y salvaje, no es en este caso, repetimos, en cierto respecto, más que un símbolo. Habría seguido viviendo él, y el entierro de ese partido sepulcral, de esa momia de la nefasta tradición conservadora de la Regencia—el desastre nacional—sería la pavorosa realidad de la historia impolítica—incivil—de este interino Reino de España, de este régimen interino que padecemos y dura sin vivir. Cuya interinidad puede seguir durando sin dejar de serlo. Porque no es la duración lo que hace la interinidad. Lo muerto interino dura y no vive. El

actual régimen político del Reino de España, que es un despotismo anti-ilustrado con disfraz de monarquía constitucional, es una institución, dure lo que durare todavía, interina y que como tal se comporta. Y sepulcral también.

Y su íntima interinidad y la sensación—no llega a conciencia—que de ella tiene, es lo que explica el baile del entierro, la danza macabra de las crisis; es lo que esclarece que a la consigna de: "¡Puede el baile continuar!", se les deje a los muertos políticos en su fúnebre tarea de enterrar a sus muertos o de embalsamarlos, en la faena de momificar y salar y curar al humo una tradición política cadavérica y sepulcral.

¡Terrible interinidad! Interinidad que tiene otra frase entrañadamente expresiva y es, señor, la de aquel que al anuncio de un nuevo reino, de una buena nueva, exclamó: "¡Sí, eso tendré que verlo desde... el pudridero!" Y, en efecto, allí, en el pudridero, entre escorias, se acaba la interinidad para los muertos de alma. ¡Que para los vivos, no! El que aspira a vivir, y no a durar, rechaza toda interinidad, suspende el baile y entra por el camino de la vida.

MIGUEL DE UNAMUNO

